

## Una piedra que no es de Babel

El hombre y su piedra, de Cristian Cayupán (Ed. Inubicalistas, 2016)

Carlos Henrickson

No se ve seguido poéticas de fe, de real vinculación, de re-ligazón sin la ingenuidad de quien cree en nubes celestiales o cuentos de progreso científico. La de Cayupán es indudablemente una real poética de fe, y no resulta redundante en este sentido el origen mapuche, si bien planteado así, de una vez, puede sonar reduccionista.

En la ruta hacia el mareo continuo que viene siendo la historia de la sensibilidad humana, todo ha aprendido a hacerse tan volátil; nuestra forma de ver el mundo ha privilegiado las virtudes aéreas. La cultura que nos gusta llamar civilizada es una que tiende invariablemente a la *abstracción* —un movimiento hacia arriba, un desapego del suelo—, que nos ha dado las ventajas de universalizar nuestra sensibilidad y sentir a la libertad como valor absoluto y sin contrapesos. Sin embargo, el precio de esas ventajas nos cae de vez en cuando como un soberbio tropezón de cara al suelo: eso que hemos aprendido a ver como ajeno —la naturaleza que nos fuerza a comer, a producir para comer, a trabajar para alcanzar ese alimento— se nos acerca abismalmente a la cara en la caída, apenas sentimos hambre. Y esta *hambre* de alimento físico es lo de menos cuando pensamos en una nutrición más íntima: el anhelo permanente de dar consistencia real a nuestra experiencia humana, abstraída hasta el colmo, casi ya absolutamente instancial en una época que bien parece —desde este lado del mundo— un momento final hasta para la *posibilidad* humana.

Nada parecería más ajeno, establecido al frente nuestro como la absoluta fijación y estabilidad en el tiempo, que la piedra; y bien lo sabe Cristián Cayupán (Puerto Saavedra, 1985) al componer *El hombre y su piedra* (Valparaíso: Inubicalistas, 2016). Esta piedra se hace garantía de esa *Otra* fijeza necesaria —necesaria en cuanto *otra*—, permaneciendo fiel a sí misma e insistente en su puesta al frente. Suena como Parménides, y su enigma sobre el Ser en el texto que inaugura en nuestra cultura dominante el género de poesía filosófica en que bien se puede adscribir el libro del que hablamos; sin embargo, no hablamos para nada desde el mismo lugar. La piedra no puede evitar saberse dentro de lo humano en esta intui-

ción poética: no puede ser un Todo quieto e inmovible, sino que gira *alrededor del hombre / donde el pasado presente y futuro / son lo único verdadero en la memoria del ser* (*El hombre y su piedra*, 10): la piedra se revela como *congénere* de aquel. Este es un acercamiento que, como tal, desarma toda enajenación entre hombre y naturaleza ante la intuición de la mirada poética, definida no como el desprendido *entusiasmo* de Parménides, sino como una contemplación visceral, no separada en un plano visual.

La piedra es ese ser que desea venirse desde la esfera de la trascendencia, dar de sí en una fecundación que confirme su sentido de cruce entre lo humano y lo inhumano; el tiempo y su negación en la fijeza. Es inevitable entonces que a través de *El hombre y su piedra*, por sobre un escaqueo intelectual, la poética toma a cargo su función de herramienta metamórfica, haciendo de la materia un flujo continuo que conoce de formas sin lograr saber de una sola. Es en este sentido que surge —ya desde el epígrafe de Rafael Echeverría— el lenguaje como fuerza fecundante; como herramienta de generación de multiplicidad y desplazamiento formal.

En la imagería de Cayupán la piedra, bajo la acción del lenguaje, es también el cristal, el espejo, que a su vez también será la superficie del agua acunada, a su vez por la piedra en la imagen del pozo. La piedra hecha tierra, a su vez, podrá ser modelada por la acción del agua, para que la vasija a su vez sea capaz de contener esta. Los trazos de esta cadena de transformaciones proporcionan buena parte de las articulaciones del esqueleto del libro, que con ello acaba configurando su dimensión filosófica y poética a la vez.

Mas, si bien en la historia de la poesía, la metamorfosis jamás se ausenta como procedimiento fundamental —y veamos solo *De rerum natura* de Lucrecio, o *Las Metamorfosis* de Ovidio, seguros ancestros en una de las regiones de origen de la noción poética de Cayupán—, tan solo desde un grado más intenso de conciencia —más inferior, paradójicamente, que superior, al intentar salvar de vuelta la natural pendiente hacia la conciencia del suelo por sobre la dirección abstracta de la cultura— es que aquí se podría rescatar un real fundamento para la fluencia de algo que en sí resiste ser otra cosa que sí misma. Me explico: esta piedra solo puede ser llamada a lo humano desde una conciencia íntima de la construcción de mundo, que es el hecho social esencial de la raíz del lenguaje, y partir desde la abierta declaración desde el epígrafe, es índice de la profunda relación con el otro elemento

que dos páginas antes da la primera columna del umbral exterior a la escritura poética en cuanto tal: la dedicatoria, *A mis ancestros*. Esto genera una conciencia del tiempo pleno.

Esto es, esta vida que logra darse a sí misma sentido en la acción cotidiana no es tan solo la fuente del lenguaje, sino que se hace en sí misma lenguaje, precisamente por ser punto axial entre naturaleza y experiencia humana.

No se ve seguido poéticas de fe, de real vinculación, de re-ligazón sin la ingenuidad de quien cree en nubes celestiales o cuentos de progreso científico. La de Cayupán es indudablemente una real poética de fe, y no resulta redundante en este sentido el origen mapuche, si bien planteado así, de una vez, puede sonar reduccionista. Pero ese punto que pone a *El hombre y su piedra* un paso más allá de una posible comunidad cultural impoluta, es precisamente la señal de su franqueza. La Babel a kilómetros infinitos sobre el suelo, que bien nos promete con palabra ágil una común humanidad no contiene, ya lo sabemos, garantía alguna de cumplimiento en el plano cotidiano. Caído de Babel, un poeta como Cayupán no puede sino reconocerse como parte de una lengua en particular —pero que como tal puede aspirar a ser *figura* de toda otra lengua—, que es índice de un pueblo particular —que como tal, a su vez, puede aspirar a ser *figura* de todo otro pueblo. Y bien sabemos que para la construcción de una posible *humanidad* futura que no sea la fórmula abstracta de un documento, pueblos como el mapuche son vigas harto más sólidas que las estropeadas identidades a retazos.